

Los gritos de la tierra: soja, ecología y pobreza¹

C. René Padilla

La soja se ha convertido en los últimos años en un pingüe negocio en la Argentina y otros países. Su producción y comercialización ilustran con claridad meridiana la manera en que el sistema económico actual funciona y sus efectos ecológicos y sociales a nivel global. Diríamos que el funcionamiento del negocio de la soja es un síntoma de los resultados concretos que acarrea la ideología neoliberal con su énfasis unilateral en un crecimiento económico que no repara ni en la creciente destrucción de la naturaleza ni en el aumento acelerado de la distancia entre ricos y pobres.

Para muestra, un botón: el caso de Anta

Es el caso del «complejo sojero» que incluye al departamento de Anta (al sur de la provincia de Salta, Argentina), que forma parte del Chaco salteño y ha sido objeto de un cuidadoso estudio por parte de Chris van Dam (2002). Este departamento, el segundo más pobre del país (28-29) y ubicado en «el polo de calor de América del Sur» (39), se constituyó –a partir de los primeros años de la década de 1990– en una suerte de paradigma de la agricultura a gran escala, fuertemente dependiente de capitales transnacionales, que hoy caracteriza a extensos sectores de las zonas rurales en América Latina.

Varios factores contribuyeron al desarrollo espectacular de la producción de soja en un territorio largamente sometido al desmonte sin medida para fines agropecuarios y a la degradación ambiental causada principalmente por la ganadería. Un factor fue el muy bajo valor económico de la tierra, lo que hizo posible la adquisición de miles y miles de hectáreas a precios irrisorios. Otro factor fue el volumen del capital invertido en maquinaria agrícola sofisticada para todo el proceso de producción, desde la preparación del suelo hasta la siembra y la cosecha. Un tercer factor fue la introducción de nuevas modalidades de cultivo, incluyendo la siembra directa o labranza cero,² que comenzó en 1992 y se convirtió en la práctica común en pocos años, y el uso de semillas *transgénicas*, es decir, modificadas genéticamente. Un factor adicional fue la desgravación impositiva basada en una política gubernamental de desarrollo agropecuario. Todos estos factores hicieron y hacen posible una alta rentabilidad.

Por otro lado, sin embargo, hay que tomar muy en serio las consecuencias negativas que tiene esta modernización agrícola tanto en el campo ecológico como en el social. En efecto, en el campo ecológico la siembra directa requiere la

¹ Publicado originalmente en la Revista Kairós, Año 8, N° 21, Buenos Aires, junio de 2008.

² La Argentina es actualmente el líder mundial en el uso de este método de cultivo. En el 70% de su superficie agrícola se hace uso de este método, en contraste con el 6% a nivel mundial.

utilización de más herbicidas para contrarrestar la propagación de malezas como consecuencia de la humedad presente debajo del rastrojo. Con la alteración del ecosistema aparecen nuevas plagas y enfermedades que requieren grandes cantidades de agroquímicos. Aunque en los cultivos de la soja transgénica se ha reducido a dos el número de herbicidas (RoundUp y 2-4-D), las cantidades del 2-4-D requeridas son altas y afectan tanto la salud de la población como a mucha de la vegetación de la región, incluyendo las arboledas y los frutales del centro poblado, Las Lajitas.

Las consecuencias sociales de la modernización en función del incremento de las ganancias a corto plazo no son menores. Van Dam (85) sintetiza el problema en los siguientes términos:

A principios de la década de los '90, con las nuevas reglas de juego que las políticas neoliberales le imponen al agro, se produce un proceso de polarización por el cual sobreviven y se expanden los sectores que logran modernizarse productivamente, quedando eliminados los pequeños productores cuya debilidad en términos financieros y tecnológicos no les permite competir con el primer sector.

Con el crecimiento de la demanda aumenta drásticamente el precio de la tierra y se coloca más allá del alcance de la gran mayoría de agricultores locales, que tienen que vender o alquilar sus propios campos, contribuyendo así a la concentración de grandes extensiones de tierra cultivable en una elite poderosa.

A esta abusiva expulsión del campo que sufren los campesinos por razones financieras se añade la dramática reducción de mano de obra que acompaña a la modernización tecnológica y a la siembra directa,³ lo cual resulta en un mayor empobrecimiento de los habitantes locales en general, especialmente en los centros urbanos. Lo que antes hacían los jornaleros, ahora lo hacen las máquinas. Los pocos obreros especializados requeridos, primordialmente para la siembra, la fumigación y la trilla, casi siempre vienen de afuera y su capacitación técnica corre por cuenta de las empresas de agroquímicos y semillas, o de las cerealeras presentes en la zona: Monsanto, Cargill, Dekalb, Continental, Pioneer, Zeneca. Sin tierra y sin trabajo, los campesinos en general se ven forzados a vivir de «changas» o a emigrar a zonas rurales marginales o a los centros urbanos. Los pocos que logran sobrevivir lo consiguen a costa de muchos sacrificios, dedicando sus minifundios a la producción agrícola y ganadera de subsistencia, destinada al consumo propio y al consumo interno, local o regional.

La conclusión a que llega la investigación de Van Dam es que el *boom* sojero en el Chaco salteño ha dado lugar a una «economía enclave» basada mayormente en megaempresas y capitales extranjeros y orientada conscientemente hacia los mercados extra-regionales y externos, sin ningún interés en el desarrollo rural

³ En el modelo de producción sojera que está en boga basta una sola persona para cada 500 hectáreas. Esto redundaría en la pérdida de cuatro de cada cinco puestos de trabajo en el campo.

local. Es posible mediante el control de miles y miles de hectáreas del territorio nacional dedicadas a un monocultivo que beneficia a los inversores, pero arroja un saldo ecológico y social completamente negativo para toda la región. Perpetúa tanto la degradación ambiental como la injusticia en la distribución de la tierra y el consecuente empobrecimiento de las mayorías.

Cabe anotar que lo que sucede con *el boom* sojero en el Chaco salteño también sucede en dondequiera que se dedica la tierra a la agricultura comercial y la agroindustria, con el proceso productivo bajo el control de grandes intereses económicos. Desaparece el cuidado de los recursos naturales –incluyendo la tierra– y la biodiversidad, y desaparece a la vez el sentido de solidaridad humana. Lo único que interesa es la maximización de la ganancia a corto plazo.

El papel del Gobierno en perspectiva neoliberal

¿Qué papel desempeña el Gobierno nacional desde la perspectiva de los empresarios agropecuarios, protagonistas del *boom* sojero en la Argentina? Al Gobierno nacional se lo concibe como la institución política encargada de incentivar la inversión empresarial en aras del crecimiento económico, proteger el derecho de propiedad privada, dinamizar la producción, asegurar que el mercado libre funcione de manera eficiente y transparente. Así concebido, el Gobierno no tiene por qué interferir en las relaciones económicas, las cuales dependen del mercado. Se da por sentado que la «mano invisible» del mercado regulará esas relaciones para beneficio de todos.

Lo que sucede en la vida real, como hemos visto en el caso del *boom* sojero en el Chaco salteño, demuestra que este fundamentalismo del mercado favorece a los que tienen de su lado el poder del dinero y reduce a la pobreza a los que no lo tienen. La «economía enclave» no incluye en su agenda el bien común, no se conduce de acuerdo con principios éticos que tienen que ver con las relaciones de los seres humanos entre sí o con el ecosistema. Es la economía en la cual, como afirma George Soros (1999:77), «la gestión del dinero requiere una dedicación inquebrantable a la causa de ganar dinero, y todas las demás consideraciones deben subordinarse a ella».

A la luz del fundamentalismo del mercado que hemos descrito se entiende el actual conflicto de productores agropecuarios con el Gobierno argentino: es primordialmente un conflicto de los protagonistas del *boom* sojero en defensa de sus intereses sectoriales. El núcleo duro del diferendo son las *retenciones móviles*, es decir, los impuestos que la Aduana cobra por las exportaciones del agro, como también por la venta externa de petróleo o de oro o cobre. A pesar de las diferencias que existen entre sí, las cuatro entidades que representan a los productores (Sociedad Rural, Confederaciones Rurales Argentinas, Federación Agraria y Coninagro) están de acuerdo en su rechazo de dichas retenciones, que para ellas representan una imposición gubernamental arbitraria. Lo que está en juego no es ni más ni menos que la autoridad del Gobierno para decidir la política económica, en este caso en relación con la exportación de granos. En línea con la ideología neoliberal, las retenciones son una intromisión que expresa el autoritarismo de un gobierno «anti-desarrollo», «anti-progreso», «anti-crecimiento», y que atenta contra la rentabilidad del agro. ¡La única

respuesta que cabe por parte de los productores es la resistencia en forma de paros que obliguen al Gobierno a retraerse!

El cuadro se complica si se toma en cuenta que, por detrás del conflicto, hay actores invisibles. Por un lado, las compañías exportadoras de granos, como Cargill,⁴ Monsanto,⁵ Syngenta, Bayer, YPF Fertilizantes y Nidera, que son las que tienen que pagar las retenciones para luego descontarlas del precio que pagan a los grandes productores. Por otro lado, los medios periodísticos, especialmente *La Nación* y *Clarín*, socios sojeros en *Expoagro*.⁶ ¿Cabe sorprenderse de que la cobertura que estos medios han hecho del «paro agropecuario», lejos de reflejar la realidad con responsabilidad ética periodística – como corresponde –, se reduzca a una construcción informativa que favorece sin reparos a los empresarios del agro y proyecta una imagen totalmente negativa de las medidas gubernamentales relativas a las retenciones? ⁷

El presente conflicto de los empresarios del agro con el Gobierno plantea con mucha fuerza el interrogante sobre el papel del Estado en las relaciones económicas. Quienes pretenden que éstas sean regidas por el mercado no toman en cuenta lo que George Soros, un millonario exitoso, reconoce: que «el valor dominante en el sistema capitalista global es la búsqueda de dinero» (145) y que, en una democracia, los políticos no existen para ponerse al servicio de los grandes intereses económicos sino, por el contrario, «deben ser receptivos a las demandas populares» (270), es decir, a las demandas de las grandes mayorías. Si el gobierno, cualquiera que sea, no cumple ese papel, los peces grandes se devoran a los chicos y las demandas populares son desoídas permanentemente.

El papel del Gobierno en perspectiva bíblica

En términos bíblicos, a la tarea de los gobernantes se la denomina «hacer justicia a los pobres», y desde esa perspectiva se entiende la oración a favor del rey en el Salmo 72:

⁴ Cargill, una compañía estadounidense, es la más grande de las compañías que exporta granos desde la Argentina. Cuenta con 3600 empleados en el país, y en los últimos años exportó un promedio del 22% de los granos enviados al exterior.

⁵ Monsanto, una compañía agroquímica transnacional, se ocupa de producir y comercializar semillas modificadas por métodos genéticos y los insumos que se utilizan para su cultivo, incluyendo los agrotóxicos.

⁶ *Expoagro* es una muestra agropecuaria anual que tiene el propósito de hacer demostraciones de siembra y cultivo con maquinarias y mueve anualmente cientos de millones de dólares. Cuenta con la participación de empresas como Bunge Fertilizantes y Monsanto, como también de la ONG AAPRESID. Las ventas en *Expoagro 2008* llegaron a US\$170 millones.

⁷ Ver en «Análisis de la actuación de los medios en el *lockout* agropecuario», un informe emitido por la Universidad de Buenos Aires sobre la base de un punteo para el análisis de medios realizado entre el 26 de marzo y el 3 de abril de 2008. Según este informe, «nunca quedaron tan evidentes como en estos días los modos de construcción [tergiversada] de la información». Tal construcción es un buen ejemplo de lo que se ha denominado «dictadura de la información».

Oh Dios, otorga tu justicia al rey, tu rectitud al príncipe heredero. Así juzgará con rectitud a tu pueblo y hará justicia a tus pobres. Brindarán los montes bienestar al pueblo y fruto de justicia las colinas. Él hará justicia a los pobres del pueblo y salvará a los necesitados, ¡él aplastará a los opresores! (vv. 1-4).

La premisa fundamental de esta oración es que el Dios de Israel —el Padre del Señor Jesucristo, para los cristianos— ama la justicia y exige que las relaciones humanas sean regidas por la justicia. No es de sorprenderse, por lo tanto, que en los escritos bíblicos la justicia ocupe un lugar preponderante. Tanto es así que las principales palabras griegas para justicia (*mishpat* y *sedeqah*) en el Antiguo Testamento y griegas (*dikaionune* y *krisis*) en el Nuevo Testamento aparecen más de 1.000 veces. Se da por sentado que la justicia es inherente tanto al carácter como a la acción de Dios. Consecuentemente, dondequiera que el fuerte abusa de su poder —sea éste político o económico, cultural o religioso, social o racial— no sólo comete una injusticia contra el débil sino que viola la voluntad de Dios para la vida humana. En cualquier situación de injusticia, Dios se pone del lado de las víctimas y en contra de sus opresores, del lado de los explotados y en contra de sus explotadores. Porque Dios es justo y ama la justicia, él «es refugio de los oprimidos; es su baluarte en momentos de angustia» y «no se olvidará para siempre del necesitado, ni para siempre se perderá la esperanza del pobre» (Sal 9.9,18). «El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos» (Sal 103.6). Por otro lado, porque él es justo y ama la justicia, «él aborrece a los aman la violencia» y «hará llover sobre los malvados ardientes brasas y candente azufre; ¡un viento abrasador será su suerte!» (Sal 11.5-6).

Muchas personas objetan esta manera de hablar acerca de Dios. Su objeción es la siguiente: porque Dios es justo, no se parcializa sino que trata a todos por igual. La respuesta a esta objeción es que, aunque es cierto que, ya que Dios es justo, cualquier forma de injusticia —sea que ésta favorezca al rico o al pobre— le desagrada (cf. Lv 19.15), también es cierto que, ya que la justicia de Dios excluye cualquier forma de favoritismo, ninguna persona está por encima de la ley: no hay lugar para la impunidad sobre la base de la posición social o económica (cf. Dt 1.16-17). La justicia retributiva de Dios es imparcial, y consecuentemente espera que también los jueces sean imparciales y se los exhorta sobre el peligro de los sobornos, «pues el soborno nubla los ojos del sabio y tuerce las palabras del justo» (Dt 16.19; cf. Mi 7.3-4). A la vez, porque Dios es imparcial, su intención es corregir cualquier desequilibrio de poder que distorsione las relaciones entre los seres humanos y, por lo tanto, toma el lado de los débiles.

Desde esta perspectiva, *la justicia social es positivamente parcial porque busca corregir la parcialidad destructiva —una parcialidad que refleja la pecaminosidad de la naturaleza humana— inherente en cualquier situación de injusticia.* En el análisis final, la parcialidad no es de Dios sino nuestra, como se ve claramente en Deuteronomio 10.17-19, entre muchos otros pasajes bíblicos que se podrían citar: «Él defiende la causa del huérfano y la viuda, y muestra su amor por el extranjero, proveyéndole ropa y alimentos. Así mismo debes tú mostrar amor

por los extranjeros, porque también tú fuiste extranjero en Egipto». Aparte de destacar la relación entre la parcialidad de Dios a favor del huérfano, la viuda y el extranjero —los pobres y los oprimidos—, este pasaje destaca lo que Dios espera de su pueblo Israel en términos de la práctica de la justicia en relación con los pobres. La provisión de ropa y alimentos es la provisión de Dios por medio de su pueblo para satisfacer necesidades básicas de los necesitados. *Dios hace justicia a los pobres por medio del pueblo del pacto*. Si la justicia tiene que ver con las relaciones de poder entre las personas, la manera de ejercer justicia es usar el poder para corregir la desigualdad e instaurar la equidad.

La justicia de Dios tiene que ver con la corrección de toda forma de abuso de poder, toda distribución económica injusta, toda violación de derechos humanos presente en la sociedad. La justicia que Dios desea no es sólo la de los tribunales. Además de ésta, él desea la justicia que busca la corrección de la injusticia, la que quiere enderezar lo que está torcido. Es justicia correctiva, reparadora, vindicativa y, en este sentido, *parcial*. Como tal, provee la base para la redistribución del poder socioeconómico y político en aras de *shalom* —abundancia de vida para todo ser humano—. Da por sentado que todo miembro de la comunidad —y, por extensión, todo grupo humano y toda nación en el mundo— tiene el mismo valor que los demás. Consecuentemente, debe tener igual acceso al poder en sus relaciones con los demás y a los recursos de la creación de Dios. La justicia tiene una estrecha relación con la misericordia —la solidaridad mutua— y con la humildad ante Dios, como se ve en Miqueas 6.8, síntesis de la ética del Antiguo Testamento: «¡Ya se te ha declarado lo que es bueno! Ya se te ha dicho lo que de ti espera el Señor: practicar la justicia, amar la misericordia y humillarte ante tu Dios».

Sobre esta base bíblica, Dios dispone que en el pueblo de Israel los gobernantes ejerzan el poder para «hacer justicia a los pobres». En otras palabras, quiere que lo usen para evitar que los fuertes se aprovechen de los débiles, para asegurar que haya equidad en la distribución del poder y que todos por igual tengan acceso a los bienes de la creación de Dios. Y lo que Dios dispone para el pueblo de Israel como «luz de las naciones» es a la vez lo que él quiere para todas las naciones de la tierra.

En línea con esta perspectiva, Alfredo Zaiat está en lo correcto cuando, refiriéndose al conflicto de los empresarios agropecuarios con el Gobierno argentino, afirma que

si ha habido una medida que ha buscado avanzar la redistribución del ingreso para comenzar a construir una sociedad equitativa es la de las retenciones móviles a las exportaciones del agro. [...] La historia enseña que para mejorar la distribución de la renta hay que afectar al poder económico, que hoy tiene su manifestación en la trama multinacional sojera. Por ese motivo, la crisis es política y no [meramente] económica.⁸

⁸ Alfredo Zaiat, «El test de las retenciones», *Página 12*, 8 de mayo de 2008. La aprobación de la medida del Gobierno argentino con respecto a las retenciones no niega la *urgente* necesidad de políticas gubernamentales claras en cuanto al

Bibliografía

Soros, George, *La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

Van Dam, Chris, *Ocupación, degradación ambiental, cambio tecnológico y desarrollo sostenible: los efectos de la introducción del paquete soja/siembra directa en el Chaco salteño*. Tesis de Maestría en gestión ambiental y desarrollo. Centro Bartolomé de las Casas, Colegio Andino, Escuela Andina de Postgrado, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 2002, Salta.

uso del dinero de las retenciones, de una reforma agraria a fondo y de un plan de desarrollo económico que beneficie a todos a mediano y a largo plazo.